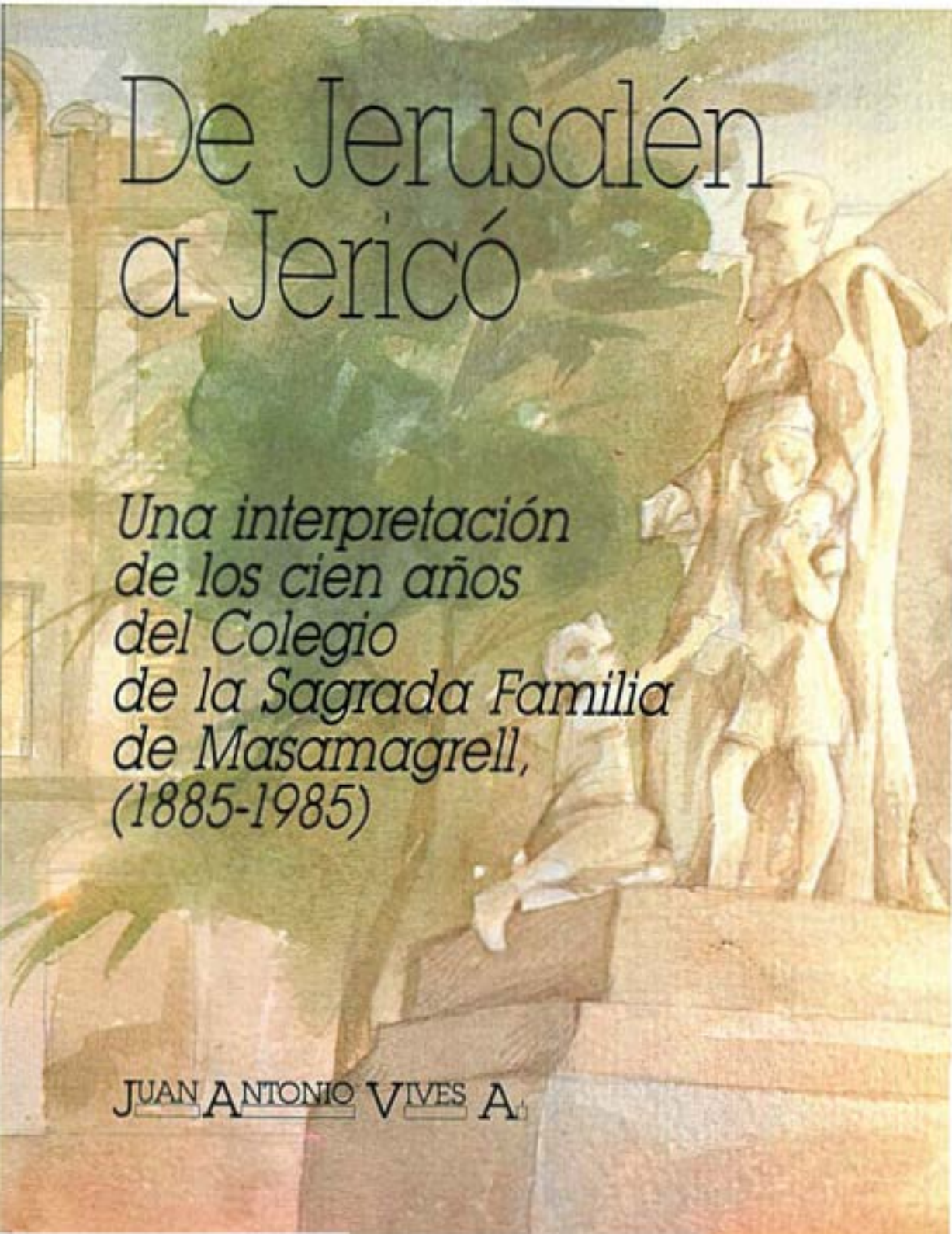


De Jerusalén a Jericó

A watercolor illustration in warm, earthy tones (browns, yellows, greens) depicting a religious sculpture. The sculpture features a standing male figure, possibly Jesus, holding a child. Another child is seated in front of them. The background shows architectural elements like columns and arches, suggesting a church or historical setting. The style is soft and painterly.

*Una interpretación
de los cien años
del Colegio
de la Sagrada Familia
de Masamagrell,
(1885-1985)*

JUAN ANTONIO VIVES A.



El P. Juan Antonio Vives, Religioso Terciario Capuchino, es un estudioso profundo y enamorado de Luis Amigó y su Obra.

Licenciado en Sagrada Escritura y doctor en Teología Espiritual, el P. Vives, a sus 37 años es autor de diversos libros y estudios científicos. Entre ellos: «Un hombre que se fió de Dios» y «Testigos del Amor de Cristo».

Ahora en este opúsculo nos presenta, con actual realismo, la parábola del Buen Samaritano hecha vida, desde hace cien años, por las hijas de Luis Amigó, las Religiosas Terciarias Capuchinas, en su Colegio de la Sagrada Familia de Masamagrell (Valencia).

Su fácil lectura garantiza un rato agradable y sumamente provechoso para todos los lectores.

De Jerusalén
a Jericó

De Jerusalén a Jericó

*Una interpretación
de los cien años
del Colegio
de la Sagrada Familia
de Masamagrell,
(1885-1985)*



JUAN ANTONIO VIVES A.
TERCIARIO CAPUCHINO

Valencia, 1985

© *Colegio de la Sagrada Familia*
Plaza de la Constitución, 11
Teléfonos (96) 144 09 59 - 144 17 12
Masamagrell (Valencia) - España

© *Juan Antonio Vives A.*

Equipo realizador
Ana M.^a Vallejo
Carmen Michitorea
Justa Osma

Diseño, fotocomposición y maqueta
Fototipo. A. Machado, 42, 4.^a
Teléfono (96) 138 47 56. Paterna (Valencia)

Compuesto en Lubalin Graph, cuerpo 11

Ilustraciones
Ana Miralles

Fotomecánica
Gama 4. Avda. Dr. Waksman, 58. 46013 Valencia

Impresión
Martín impresores. Pintor Jover, 1
Teléfono (96) 373 08 82. 46013 Valencia

Depósito legal
V - 2428 - 1985

Impreso en España



Presentación

Así comienza la parábola del Buen Samaritano. Una parábola que seguramente habrás escuchado muchas veces, pero de la que vamos a hacer ahora una lectura actualizada a nuestras circunstancias.

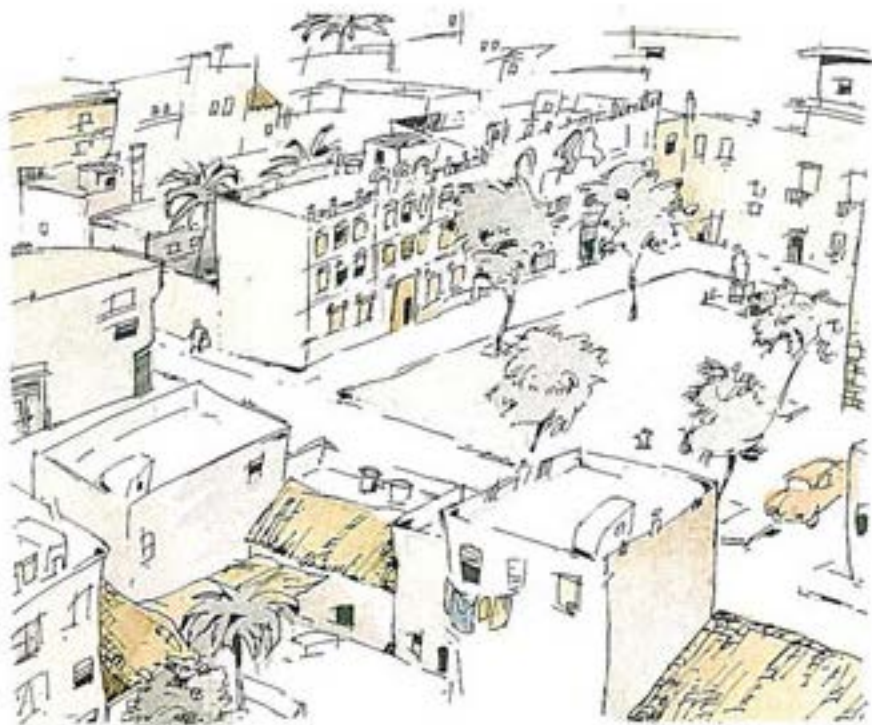
Aún hoy cuando se visita «Tierra Santa» le muestran al visitante unas ruinas, situadas entre Jerusalén y Jericó, de lo que pudo ser la posada de este relato evangélico. Porque no sé si te habrás dado cuenta alguna vez que en esa parábola junto al hombre herido, al samaritano que lo atendió, a los personajes que pasan de largo y al mismo posadero, aparece también, casi en la penumbra y en el silencio, una posada.

Esta posada en realidad no tiene una situación geográfica concreta por mucho que se empeñen los guías turísticos de Israel, pues el relato de San Lucas no es una historia real, sino que pertenece al género de las parábolas. Esta posada la podemos situar entre Jerusalén y Jericó, pero la podemos situar también en cualquier otro sitio del mundo. Esta posada se encuentra en todo lugar donde se practica el bien con el hombre necesitado.

A lo largo de estas pocas páginas esa posada será el Colegio de la Sagrada Familia que las hermanas Terciarias Capuchinas, las hijas del P. Luis de Masamagrell, dirigen en el pueblo natal de su Fundador.

—¿Por qué?

—La explicación es la que pretendo ofrecerte en este folleto. Aquí encontrarás, quizá, que el hombre herido, el Buen Samaritano, el posadero..., son personas más cercanas a tu vida que lo que pueden serlo los personajes del viejo y lejano Israel que han quedado fotografiados para siempre en la parábola. Aquí descubrirás también que éste que ayer fue tu Colegio, o lo es aún hoy, empezó siendo una verdadera posada de Buen Samaritano, situada esta vez entre Valencia y Puzol, situada en el querido pueblo de Masamagrell.



El P. Luis, un Buen Samaritano de nuestro tiempo

A sí como la posada de la parábola no tiene una ubicación geográfica e históricamente precisa, tampoco el Buen Samaritano es patrimonio ni de una raza, ni de un tiempo, ni de una nación.



Buen Samaritano es todo aquel hombre que parándose al borde de quien sufre, «le ofrece una ayuda eficaz».

Luis de Masamagrell, nacido un 17 de octubre de 1854, buscó siempre la manera de detenerse junto a los necesitados no sólo para ofrecerles lo que tenía, sino sobre todo para ofrecerse él mismo como eficaz ayuda.

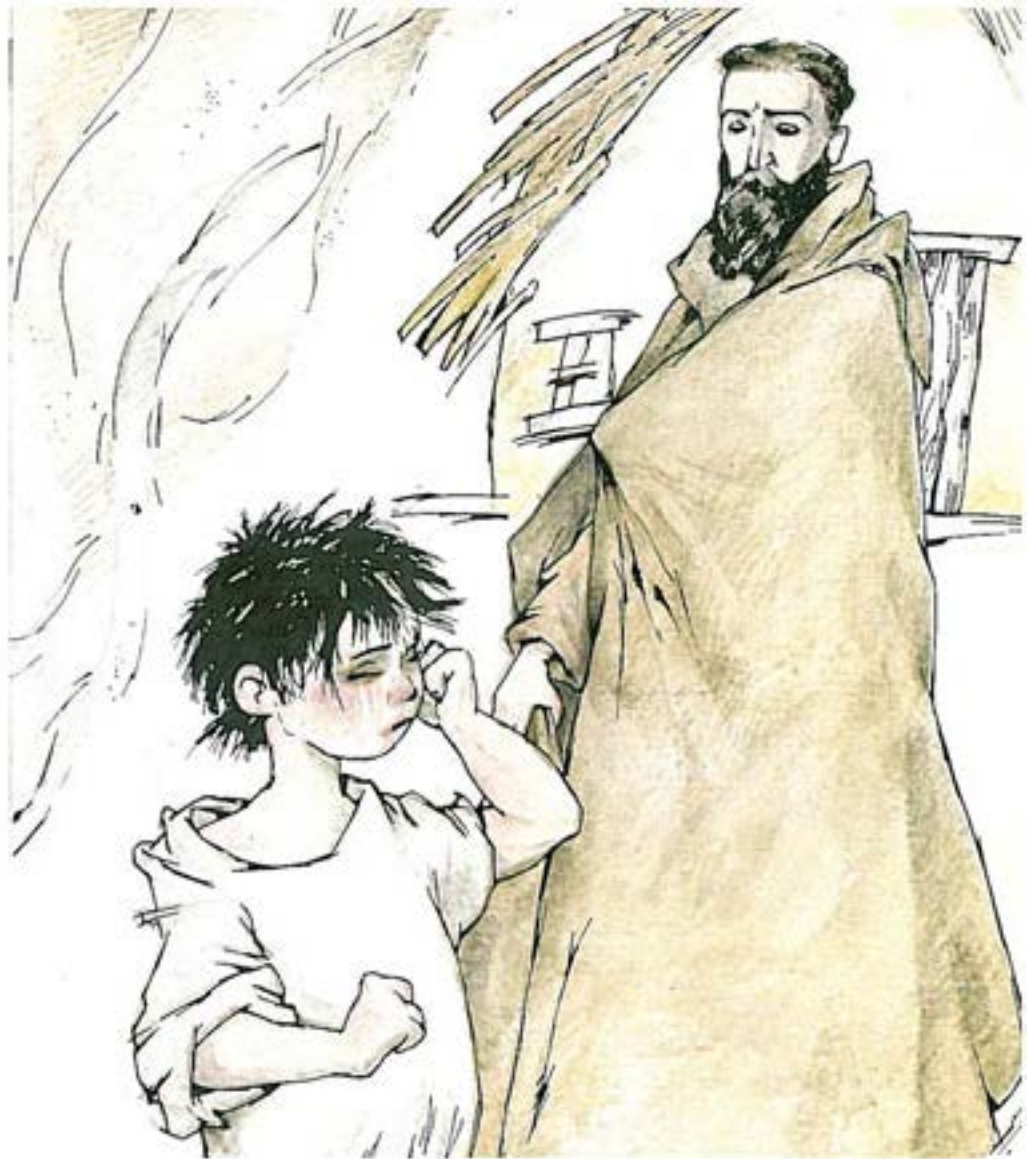
Siendo aún joven, y antes de ingresar como religioso capuchino, supo dedicar sus energías y su tiempo para compartir con los niños y hombres sin letras la riqueza de su saber, con los presos su libertad, con los enfermos la medicina de su compasión, y con todos la dulzura de su cariño.

Convertido ya en fraile capuchino continuó desviviéndose por los problemas de los demás, y en especial por los problemas de los más necesitados.

Y recién fundada el 11 de mayo de 1885 su Congregación de Terciarias Capuchinas encontró la manera de ser profeta en su patria, gracias a la sensibilidad de un espíritu compasivo como el suyo. Él mismo nos relata lo sucedido en aquel entonces en el pueblo que lo había visto nacer: «pasada la epidemia del cólera se vio que quedaban muchos niños sin amparo, por haber muerto sus padres, y **movido yo a compasión** pensé en que podríamos recogerlos».

En estas palabras, tomadas de su Autobiografía, se encuentra la raíz última de su actuar como «Buen Samaritano». Se trata del sentimiento de compasión que, como al hombre bueno de la parábola, llevó al P. Luis a no pasar de largo junto al dolor, sufrimiento y desamparo de sus hermanos; le llevó a bajar de su cabalgadura para colocar sobre ella el cuerpo herido de su prójimo, a descender de sí mismo y pararse junto al dolor ajeno para tender así la mano a los más débiles y necesitados, a los niños huérfanos.

Pero este hecho no puede ser comprendido cabalmente,



si no retrasamos un poco el reloj y volvemos el objetivo de nuestra cámara cinematográfica a unos meses atrás y a las circunstancias que trajeron como consecuencia este cuadro de dolor y desorientación que «mueve a compasión» a nuestro hombre y le impulsa a pensar en hacer algo positivo para ofrecer así una ayuda eficaz a la abandonada población infantil de su entrañable pueblo.



Una llamada angustiada

Tal fue la llamada que un día del mes de junio de 1885 recibieron en Montiel las recién fundadas Terciarias Capuchinas.

El pueblo de Masamagrell, como otros pueblos de la comarca valenciana, estaba aterrado. El cólera se había desatado en la población y se estaba cebando en ella. Los esfuerzos de la Tercera Orden Franciscana Seglar con el P. Luis al frente no daban abasto para recoger y enterrar los cadáveres abandonados en las calles por familiares que, acallados por el miedo sus más elementales sentimientos, huían al campo temerosos del contagio.

En tan críticas circunstancias las autoridades municipales del pueblo conocieron por los periódicos el abnegado y heroico sacrificio que las hijas del P. Luis estaban ejerciendo ya con los coléricos de Benaguacil. Supieron que allí estas religiosas, llevadas en alas por su desbordante caridad, «corrían a los sitios más peligrosos para cuidar a los enfermos, sin preverse tan siquiera contra la epidemia». Y, animados

por el hecho de que su fundador era hijo de Masamagrell y actual guardián del vecino convento capuchino de la Magdalena, acudieron a él para que mandase también aquí a las Hermanas.

El P. Luis, conocedor del heroísmo que este acto significaba, se limitó a exponerlo a sus religiosas, no como una obligación, sino como una simple invitación. Y ésta fue suficiente, como en su día recogió el periódico valenciano «Las Provincias» en fecha 21 de junio del mencionado año, «para que se ofreciera toda la comunidad a asistir a los enfermos coléricos, siendo preciso que la Superiora contuviera su fervor, marchando sólo algunas de las Hermanas».

Los nombres de estas religiosas —Ángela de Pego, Francisca de las Llagas de Alcalá, Serafina de Benaguacil y Clara del Grao de Valencia— han quedado consignados en la Autobiografía del P. Luis que quiso así dejar constancia para la historia de una entrega vivida por amor hasta el extremo. Pues, tres de ellas, las más jóvenes murieron en la brecha, contagiadas por la enfermedad. Sólo la madre Ángela, la Superiora, aunque atacada también del cólera, logró sobrevivir. La sangre de las Terciarias Capuchinas empezaba de este modo a regar y fructificar la misma tierra que un día viera gozosa el nacimiento de José M.^a Amigó y Ferrer, su Fundador.

Al poco de morir ellas, cesó la epidemia, pero la pasada enfermedad dejaba tras de sí la trágica realidad de niños huérfanos y abandonados a que antes se ha hecho referencia, y que movió al P. Luis a compadecerse de los que sufrían con los sentimientos mismos que alegóricamente habían movido tiempo atrás a pararse al borde del camino al misericordioso personaje que bajaba de Jerusalén a Jericó.



Construyendo la posada

Si uno lee con detenimiento la antigua historia del Buen Samaritano de la Biblia y la historia reciente del P. Luis, se da cuenta de que, aunque los sentimientos que impulsaron a ambos fueron los mismos, sin embargo hay detalles que hacen distintos, con personalidad propia, cada uno de los dos relatos.

El samaritano del Evangelio encontró en el camino una posada que le abrió sus puertas a cambio de un dinero. El P. Luis no tenía esa posada, debía construirla él mismo.

—¿Con qué contaba?

—Con nada... y con todo, a la vez. Él mismo en su relato autobiográfico subraya que no contaba con muchos recursos, pero que estaba plenamente confiado «en la Divina Providencia, que mantiene hasta las aves del cielo».

Con verdad decía Santa Teresa que «quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta». Dios fue solventando poco a poco las iniciales dificultades y necesidades del P. Luis. Las fue solventando como a Él le gustaba hacerlo ordinariamente, sin deslumbramientos, ni milagros aparatosos.

Dios se sirvió por una parte de la generosidad de las gentes del pueblo, y por otra parte de la colaboración que le ofrecían el P. Luis y la Madre Ángela, conscientes como eran de que «a Dios rogando y con el mazo dando».

La junta de la Tercera Orden de Masamagrell, la misma que el P. Luis organizara allá en el año 1881 por encargo de los Superiores de su Orden Capuchina, fue la que inició la obra de generosidad que se requería para la empresa de construir un Asilo para los niños huérfanos de la población. Los Terciarios Franciscanos seculares se encargaron de alquilar la entonces llamada «Casa del Castillo» para que se pudiese albergar allí a los niños.

Abierto así el fuego del desprendimiento, el milagro era ya cuestión de tiempo. Las gentes ofrecían lo que tenían: muebles, enseres, dinero entregado como limosnas...

El P. Luis y la Madre Ángela, a su vez, colaboraron también a esta obra surgida de la Providencia de Dios, poniendo de su parte todo lo que podían: sus manos, sus pies, su trabajo, su ilusión, en fin, su desbordante celo apostólico por el prójimo. El mismo P. Luis nos detalla en el relato que hace de su vida, cómo ambos salieron por la población a recoger personalmente lo que les daban, y cómo compraron

después, con las limosnas recibidas, los jergones, sábanas, mantas y otros utensilios para poner a funcionar su empresa.

Y así, casi silenciosamente, como por encanto, lo que empezó siendo un bello sueño, nacido más en el corazón que en la mente del santo capuchino de Masamagrell, se convirtió el 9 de agosto del año 1885 en una gozosa realidad. En este día, hace ahora cien años, abría sus puertas por primera vez a los niños huérfanos de la comarca, el que entonces se llamó «Asilo de la Inmaculada Concepción y de San Francisco de Asís». La posada de este buen Samaritano de nuestro tiempo estaba ya abierta al público. Y las Terciarias Capuchinas albergadas desde su llegada al pueblo para atender a los coléricos en una humilde casita, y consideradas hasta entonces, «vecinas accidentales del municipio», disponían ya de una residencia fija y pasaban a ser siempre «vecinas estables» del pueblo natal de su querido Fundador.





Las Terciarias Capuchinas, servidoras y madres

¿Quién ha pensado alguna vez en la labor del posadero que aparece en la parábola que nos transmite San Lucas?

El samaritano tuvo para con el hombre herido al borde del camino el gesto misericordioso de pararse junto a su dolor, cargarlo sobre su caballería, llevarlo hasta la posada y adelantar un dinero para el pago de los gastos.

Pero fue el posadero el que se encargó después de curarlo, atenderlo y acompañarlo en su restablecimiento, fiado simplemente en la promesa de que aquel extranjero le pagaría lo que gastase de más con el enfermo cuando regresara por allí.

El samaritano es ciertamente el protagonista del relato evangélico, pero su labor de ayuda al necesitado no hubiese sido completa sin la colaboración del amo de la posada, ese personaje casi perdido en la penumbra de la historia.

Para el feliz término de esta empresa asistencial los dos personajes son necesarios, cada uno en su sitio. Sin embargo, a menudo las primeras figuras de nuestras narraciones nos deslumbran de tal manera, que no nos permiten descubrir el importante e imprescindible cometido de quienes les acompañan y ayudan en su obra.

Debemos nosotros, pues, estar atentos para no caer ahora en semejante error e injusticia histórica. Y siendo así que el P. Luis, protagonista de nuestro relato y hombre profundamente humilde, no pretendió nunca ensalzarse él mismo, tampoco nosotros podemos dejarnos ahora deslumbrar tanto por su figura, que ocultemos para el futuro el papel esencial que tuvieron sus hijas, las Terciarias Capuchinas, en el desarrollo de la obra asistencial en favor de los niños huérfanos de Masamagrell.

Desde el primer momento en que el P. Luis pensó abrir en su pueblo esta casa de acogida para los menores desamparados, confió en que serían sus Terciarias las que se hiciesen cargo de la misma. En su Autobiografía, recordando la impresión que le producía el ver tantos niños sin amparo y revelando los sentimientos de compasión que tal panorama le suscitaba, escribe «pensé en que podríamos recogerlos, y al efecto, pregunté a la Madre Ángela, que aún se hallaba la pobre muy débil, si se veía con ánimos para cuidar aquellos niños si los recogíamos en una casa; y llena de celo y movida de caridad, se ofreció a ello muy gustosa».

Y poco después, cuando se da cuenta que el trabajo de la Madre Ángela para llevar adelante el empeño «era insoportable, pues ni aún de noche podía descansar en el cuidado de los niños asilados» no duda el P. Luis en vencer todas las dificultades, para que vengan a ayudarla en su ago-

tador trabajo las Hermanas Patrocinio de Benisa, María Luisa de Valencia y Margarita de Masamagrell. Con ellas cuatro el recién inaugurado Asilo, quedaba suficiente y exclusivamente atendido por sus Terciarias.

Ciertamente, el P. Luis quiso desde un principio que fuesen ellas las que cuidasen de esa posada a la que otro Buen Samaritano deseaba llevar la porción más débil de los que veía entonces sufrir a su alrededor.

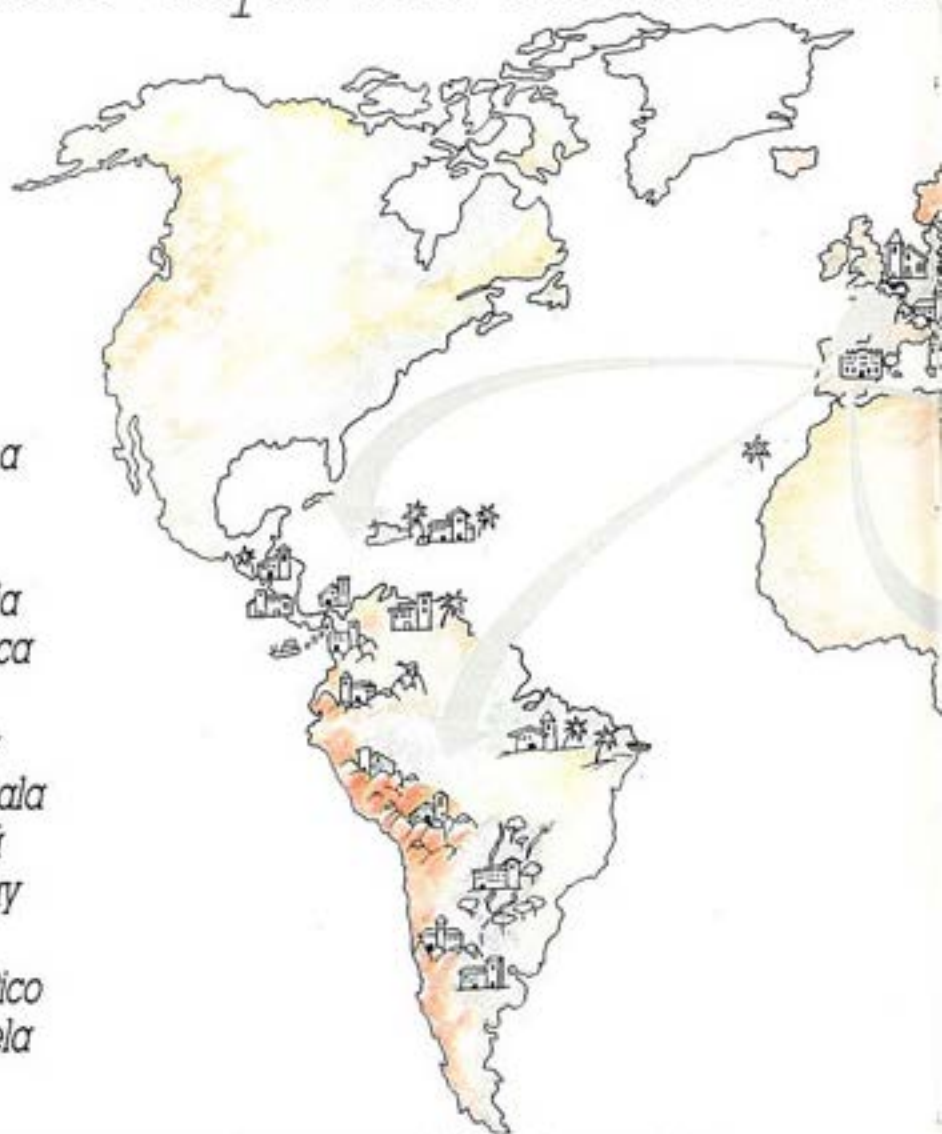
Y lo quiso así, porque sabía que sus religiosas, invitadas por él a «socorrer las necesidades corporales y espirituales de sus prójimos particularmente en los orfanatos», encontrarían aquí la manera de servirles «con toda solícitud y desvelo»; de atenderles con esa actitud profunda de servicio que surge del Evangelio, y por la que uno está en capacidad de «lavar los pies a sus hermanos» con un cariño verdadero y espiritualmente maternal.

Las Terciarias Capuchinas, al venir a esta pobre y humilde casa de Masamagrell, ignoraban si encontrarían a alguien dispuesto a pagarles por sus cuidados y atenciones para con los pequeños desvalidos.

No obstante, esto no les inquietaba lo más mínimo, pues ellas no hacían este servicio por dinero. Lo hacían simplemente por Dios, por el Cristo a quien habían decidido seguir especialmente en el enfermo, en el huérfano, en el desadaptado... Lo hacían como una necesidad de su espíritu que pedía a gritos *transfundir* a los demás el cariño mismo con que se sentían ellas amadas por Dios.

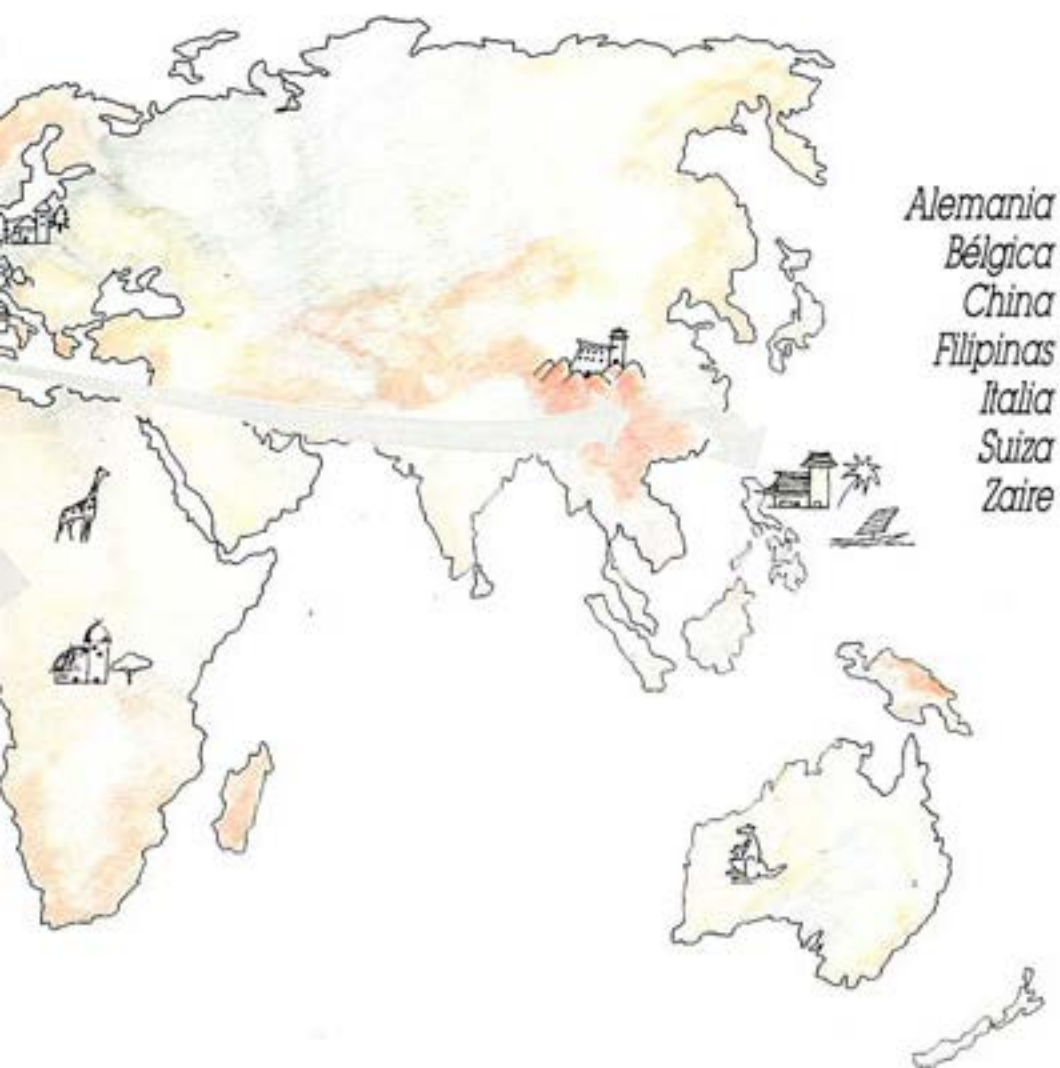
Desde aquí las Terciarias se

*Argentina
Bolivia
Brasil
Colombia
Costa Rica
Chile
Ecuador
Guatemala
Panamá
Paraguay
Perú
Puerto Rico
Venezuela*



Bien pronto la casa de Masamagrell, abierta para acoger niños huérfanos, fue cobrando extraordinaria importancia para las Terciarias Capuchinas.

e extendieron por el mundo



El año 1890, a los cinco años de su inauguración, se instalaba en esta casa el Consejo General, que residió en ella hasta el año 1951. En el mismo año 1890, era trasladado tam-

bién aquí el único noviciado existente entonces en la Congregación, siendo su primera maestra de novicias una hija de este pueblo, Sor Margarita.

A este noviciado llegó cierto día del año 1903 una joven colombiana que habiendo oído hablar de la naciente Congregación a los Capuchinos que misionaban en su país, se sintió llamada a ella por el Señor y, sin pararse a pensar en las dificultades e incomodidades, salió de su tierra, a escondidas, dejando allí padres, casa y bienes, para seguir la invitación amorosa que Dios le hiciera. Tiempo después Sor Elena de Barranquilla, así quiso llamarse en la Congregación esta mujer intrépida, fuerte y llena de fe; fue una de las religiosas Terciarias que, junto a Isabel de Benisa, Visitación de Manises, Clara de Beniarjó y Purificación de Navarres, partieron el 5 de febrero de 1905 hacia la Guajira colombiana.

La expedición, bendecida y despedida personalmente por el P. Luis, partió de esta casa de Masamagrell. Las cinco religiosas que componían el grupo se convertían así en las primeras Terciarias Capuchinas que extendían la Congregación más allá de las fronteras en que ésta había nacido. Se convertían, como cuidadosamente anota el P. Luis, en «las primeras misioneras» que salían de su fundación femenina.

Varios años después, cuando la Congregación tenía instaladas ya en Colombia varias casas que hacían presagiar el feliz cumplimiento de la profecía del P. Luis de que sus Terciarias «prosperarían más en América que en España», un grupo sale de esta misma «Casa Madre», y esta vez camino de Venezuela.

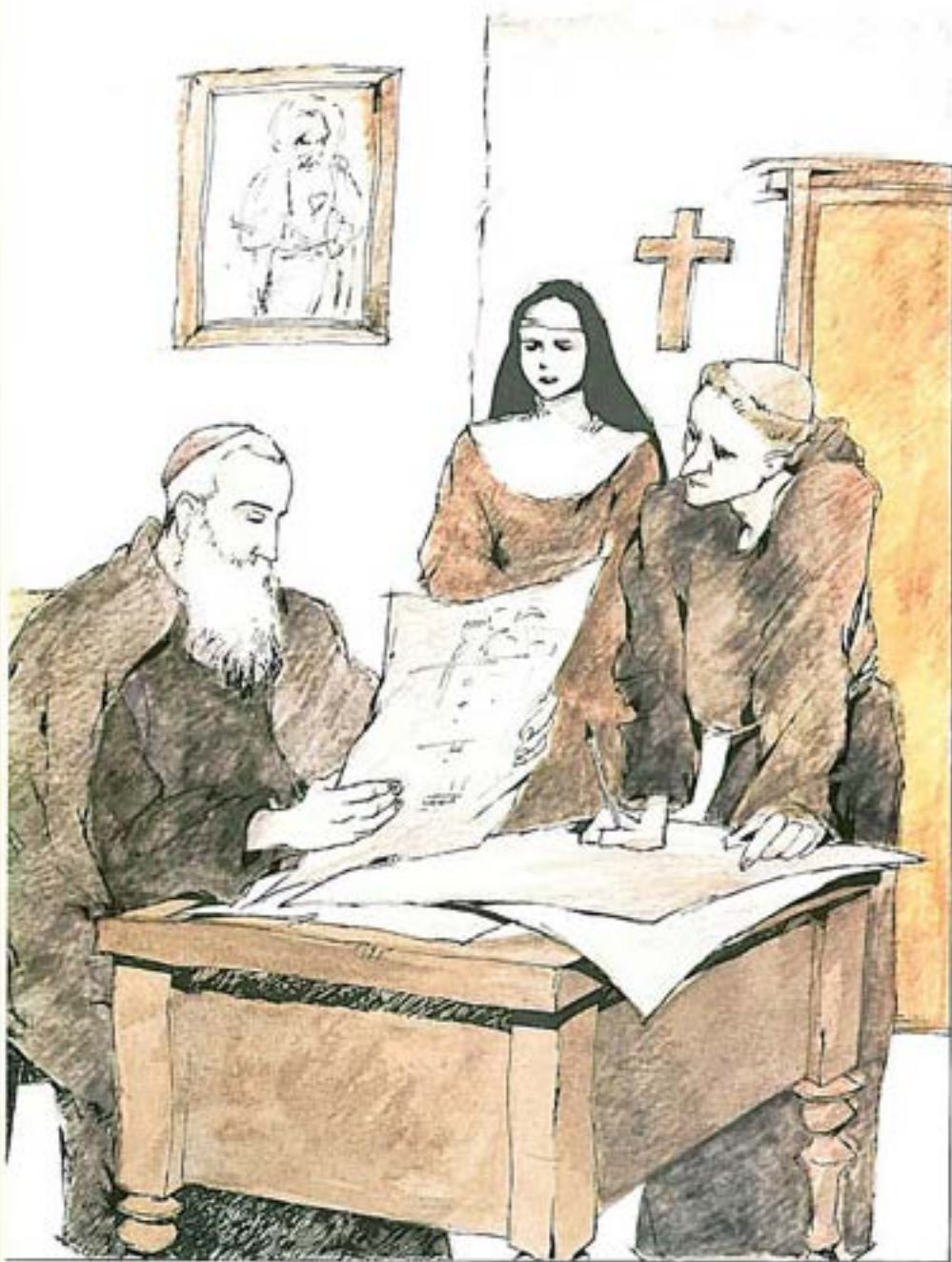
La fecha de la despedida era esta vez en enero de 1928.

Habían pasado ya veintitrés años desde que partieran las cinco pioneras que marcharan a la Guajira.

Y al año siguiente, el 3 de noviembre de 1929, otras religiosas se dirigen desde aquí a recorrer nuevos caminos por el mundo.

El objetivo era ahora la exótica, misteriosa y depauperada China. Un país marcado por fuertes desigualdades sociales, donde la riqueza de unos pocos aumentaba el hambre de las grandes masas. Un país encenagado ya entonces en las revueltas civiles, acuciadas y potenciadas por la injusticia de sus estructuras. Un país en el que la labor evangelizadora estaba aún en los cimientos, pero en el que muchos misioneros habían teñido ya de rojo los colores de sus hábitos. El P. Luis, al despedirse ahora de sus hijas, al tiempo que las bendecía, lloraba pues presentía, como en realidad sucedió, que no las volvería a ver en esta tierra.

Hoy en día las Terciarias Capuchinas están extendidas por cinco continentes. Con la marcha de seis hermanas a Argentina el 5 de junio de 1949 terminaron los grupos misioneros que, teniendo como punto de partida esta Casa Madre, se dirigían a propagar el carisma de la Congregación por nuevos países. A partir de entonces la expansión geográfica de las hijas del P. Luis se viene efectuando desde los distintos puntos donde ellas están establecidas. Pero la historia será siempre testigo de que esta casa de Masamgrell es el punto donde confluyen las primeras raíces de la expansión que las Terciarias han tenido fuera de las fronteras del país donde vieron la luz.



Predilección del P. Luis por la casa de Masamagrell

Varios son los motivos que pueden encontrarse en el relato autobiográfico del P. Luis sobre los que fundamentar su predilección por esta Institución.

Entre éstos ocupa un destacado lugar el hecho de que esta casa es, en gran parte, fruto de sus sacrificios y trabajos personales. Y en la vida, como todos sabemos por propia experiencia, las cosas se valoran en la medida del sacrificio y esfuerzo que requieren para conseguirlas.

Otra razón, no menos importante que la anterior se encuentra en el significado mismo que tuvo este Asilo en la historia de sus Terciarias. Con la apertura del mismo sus religiosas no sólo se dedicaban ya plenamente a atender «con toda solicitud y desvelo» las necesidades de sus prójimos como les había dejado escrito en las Constituciones, sino que superaban además la tentación que algunas de ellas sintieran al inicio de dedicarse a una vida «casi eremítica y de claustro»; una vida circunscrita tan sólo al Santuario de Montiel en Benaguacil donde había nacido la Congregación.

Y un último motivo de este singular cariño, y no por ello el menos importante, había que encontrarlo en que esta casa está situada donde él había nacido un 17 de octubre de 1854 y donde fue bautizado con el nombre de José María al día siguiente.

Pero razones y motivos aparte, el hecho histórico y constatable es que el P. Luis amó con predilección el «Asilo de la Inmaculada Concepción y de San Francisco de Asís», y que no tuvo reparos de dar constantes muestras de ello.

El traslado aquí del noviciado el año 1890 y las prolongadas y frecuentes visitas que a esta institución hacía son una buena prueba de su preferencia.

Una gran muestra la encontramos también en el interés que puso en el cumplir «un grande y antiguo deseo suyo» de construir aquí una Iglesia.

Dicha Iglesia fue costeada personalmente por él, y su preocupación en la misma llegó hasta los más mínimos detalles. Fue él quien tomó las medidas del terreno. Buscó a Fray Maseo, religioso franciscano entendido en arquitectura, y al maestro albañil que debía llevar adelante el proyecto. Colocó su primera piedra un 30 de noviembre de 1916. Elijo la imagen de la Sagrada Familia que tenía que presidirla. Traslado a ella los restos de sus parientes más cercanos. Y la consagró el 18 de enero de 1919.

Sin embargo, la mayor prueba de su predilección por esta casa la encontramos en su voluntad de ser enterrado aquí, en el panteón que él mismo mandó construir en el trasagrario de su Iglesia a fin de que «las religiosas y las Asiladas lo tuvieran más presente en sus oraciones».

Se cuenta que cuando ya cercano a su muerte fue a visitarle a Godella el señor alcalde de Masamagrell y le pre-

guntó cómo se encontraba, el P. Luis tuvo aún fuerzas y humor para responderle:

—«Ya ve, señor alcalde, esperando entregar mi alma a Dios y mi cuerpo al alcalde de Masamagrell».

Su última voluntad se cumplió y desde el día 4 de octubre de 1934 sus restos descansan en la casa que tanto amó él en vida; en la casa que un día abriera sus puertas, cual nueva posada del Buen Samaritano, para acoger, cuidar y educar a los niños huérfanos de su pueblo.

Gracias a todos los detalles cariñosos que el P. Luis tuvo para con esta casa de sus Terciarias, y gracias sobre todo a este su último detalle y voluntad, hoy desde todo el mundo por donde está esparcido el carisma amigoniano se mira hacia aquí: se mira hacia este pueblo de Valencia convertido ya en universal por el cariño con que siempre lo mimó uno de sus hijos más distinguidos.





Y lo que era un pequeño grano de mostaza se convirtió en un árbol frondoso

Pero la vida sigue, y con ella las personas, las circunstancias y las cosas van experimentando la inevitable transformación.

La pequeña «casa del Castillo», alquilada en un principio por la Tercera Orden Seglar Franciscana para que sirviera de base al primitivo Asilo, pasó a ser propiedad de las Religiosas gracias a los «sacrificios indecibles» que a este fin se impusieron.

Al poco tiempo la pequeña propiedad se veía agrandada por la donación que les hizo de una casa contigua el Vicario de Masamagrell, don José Moliner, posteriormente religioso Terciario Capuchino con el nombre de P. Francisco de Sueras. Con esta donación, la «pequeña posada» ampliaba por primera vez su cerca para poder así extender más todavía su labor misericordiosa en favor de los niños abandonados de la población.

Este ejemplo de caridad y de desprendimiento de don José fue imitado también por don Vicente Garibo, padre de la Hermana Margarita de Masamagrell. Dicho señor, cediendo a la Congregación algunos terrenos colindantes al Asilo, hizo posible que pudiera extenderse aún más la edificación y que los niños y niñas allí acogidos disfrutaran de la alegría que siempre suponen en una Institución de este tipo los huertos y jardines.

Pasados los primeros años, en que la Institución se dedicó sola y exclusivamente a la obra misericordiosa de acoger, cuidar y educar a los huérfanos del cólera, se empezaron a sentir nuevas necesidades en la población. Con el tiempo transcurrido se había mitigado ya en gran parte ese problema más fundamental de dar techo y cariño a los niños que habían perdido a sus padres. Y el pueblo de Masamagrell comenzaba a sentir con más urgencia la necesidad de disponer de un parvulario y de un Colegio de primera enseñanza en el que sus hijos pudieran ser educados según los principios de la fe cristiana.

Otra vez, pues, las gentes del pueblo volvieron a llamar a las puertas del corazón de las Terciarias exponiéndoles la nueva inquietud que les urgía. Y una vez más la respuesta de las hijas del P. Luis fue una respuesta positiva, llena de desprendimiento y cariño hacia la patria natal de su Padre Fundador.

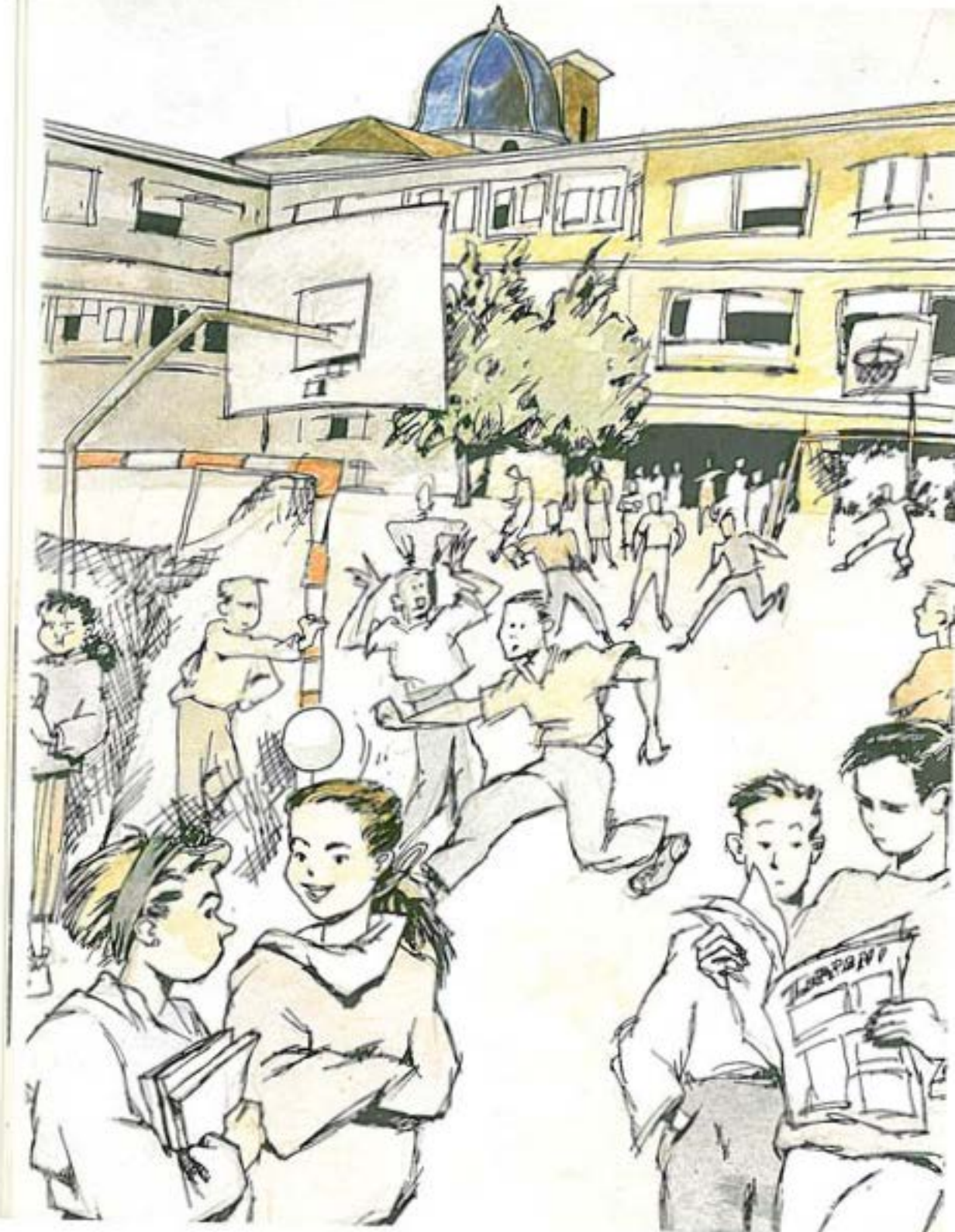
Y de este modo, junto a los locales que seguía ocupando el «Asilo de la Inmaculada Concepción y de San Francisco de Asís», empezaron a surgir otros, destinados a dar cabida a un Colegio de primera enseñanza y parvulario que se puso bajo la advocación de la **Sagrada Familia**, patrona y protectora de la Congregación de Terciarias Capuchinas.

Aunque la obra iba creciendo, su función continuaba siendo, cual «posada de Buen Samaritano», la de atender a las

necesidades más urgentes del prójimo. Las Terciarias Capuchinas, que habían ido a Masamagrell para asistir a los enfermos del cólera, y que se habían quedado **movidas a compasión** junto a quienes con gritos lastimosos o angustiosos silencios les pedían auxilio, saben «pararse una vez más ante las dificultades de sus semejantes, para ofrecerles así una ayuda eficaz».

Tras la inevitable interrupción provocada por nuestra contienda civil, la obra abre de nuevo sus puertas. Y el humilde Colegio, que había empezado a funcionar a principios de siglo en íntima compenetración con el servicio asistencial a los huérfanos, va tomando los nuevos cauces que imponen las cambiantes circunstancias ambientales y sociales de la población.





El actual Colegio de la Sagrada Familia

El año 1968 inauguran las Terciarias Capuchinas un moderno edificio levantado en unos terrenos, vecinos a las antiguas construcciones, que habían adquirido al Ayuntamiento el año 1955. En el nuevo edificio encuentra una adecuada ubicación el Colegio de la Sagrada Familia, que estaba autorizado desde el 7 de abril de 1947 para impartir las clases equivalentes a los niveles de educación maternal, de párvulos y de primera enseñanza.

Sin embargo, el imperativo de dar una respuesta consecuente a las crecientes peticiones de la gente de Masamagrell que quería que sus hijos tuvieran la oportunidad de terminar en este Colegio los estudios comenzados en él, espoleó de nuevo a las Religiosas para no quedarse «satisfechas» con lo realizado hasta el momento.

En 1972, después de largas gestiones encaminadas a poder ofrecer a la juventud de este pueblo una educación cristiana que no resultase gravosa para la economía familiar, se consigue del Estado una subvención que, a partir de 1974, será «completa» para toda la E.G.B. Esta subvención, y el hecho de que se considere al centro «homologado» en sus niveles de B.U.P., hace que la demanda de puestos escolares vaya creciendo cada día y se imponga una nueva expansión de las instalaciones.

El año 1971 terminan las obras de la planta del edificio construido en lo que era hasta entonces «el campo de la casa». El año 1974 se edifican sobre dicha planta baja dos pisos más. Y, por último, en 1980 se amplía la capacidad escolar del Colegio con la cobertura que se hace de uno de los patios y la consecuente construcción encima de distintas aulas.

Mientras tanto el número de cursos a impartir y de alumnos había ido creciendo progresivamente. En 1984 funcionan en el centro los siguientes niveles: educación maternal, parvulario, los ocho cursos de la Enseñanza General Básica, los tres del Bachillerato Unificado Polivalente, y los correspondientes a la Formación Profesional en su rama de Administrativo.

Y estos mismos son los niveles que se continúan hasta el presente, excepción hecha del de Formación Profesional, cuya supresión temporal fue pedida en 1984 por no reunir el centro las condiciones exigidas por el MEC.

Cabe señalar también que las religiosas Terciarias Capuchinas, del mismo modo que estuvieron atentas siempre a lo largo de los cien años de historia para acoger y responder a las inquietudes de una población que pedía de ellas nuevos puestos escolares, lo han estado también a la hora de leer en el presente las cambiantes circunstancias de la actual sociedad y han sabido ofrecer una adecuada solución.

Con este espíritu de acomodación a las necesidades implantaron, a partir del curso 1975-1976 la coeducación en los niveles de BUP y FP, y en 1978 la comenzaron a implantar progresivamente en los otros. Y con igual espíritu supieron ir integrando entre el personal docente a seglares que trabajan en estrecha unión con ellas, compartiendo responsabilidades.

Hoy en día, cuando se cumplen los cien primeros años de aquel 9 de agosto de 1885 en el que el P. Luis y la Madre Ángela abrieron las puertas de «su pequeña posada», el Colegio de la Sagrada Familia cuenta con unos 890 alumnos, de los cuales todos los años consiguen el graduado escolar unos cincuenta entre los meses de junio y septiembre. Funciona además en el Colegio la **Asociación de Padres de Alumnos**, que, a través de algunos de sus componentes con mayor inquietud formativa de cara a la educación de sus hijos, ha llegado a pedir la organización de una **Escuela de Padres**.

Las Hermanas, ayudadas por los PP. Capuchinos del cercano Convento de Santa María Magdalena que son capellanes de la casa desde hace mucho tiempo, se dedican, sin consideraciones de horarios ni fatigas, a completar la educación cristiana que los alumnos reciben en las aulas a través de convivencias, acampadas y otros variados medios que su creatividad evangelizadora les sugiere. Esta labor apostólica de las Hermanas se extiende además más allá de las fronteras del propio centro y se enraíza también en la pastoral catequética de la Parroquia a que pertenecen.





Las personas y circunstancias cambian, pero el espíritu permanece

Estamos llegando ya al final de este folleto en el que, quizá, hayas podido conocer mejor la historia de este Colegio de la Sagrada Familia, centenario ya.

Pero no quisiera despedirme sin resaltar un último detalle. Pues no sé si te habrás percatado de cómo cambian las personas, circunstancias y cosas en sólo cien años.

De aquellas personas que comenzaron la obra allá por el año 1885 ya no queda ninguna en la tierra de los vivos. Y es muy posible que el P. Luis, la Madre Ángela... sean seres a los que sólo has conocido tú de referencia.

Lo que comenzó siendo un Asilo se transformó poco a poco en el Colegio que hoy conoces, porque también las circunstancias y las necesidades de las personas de Masamagrell fueron variando con el transcurrir del reloj.

Sin embargo en medio de tanto cambio hay algo que permanece y que quisiera resaltarle en estas postreras líneas. Se trata del **espíritu** que tanto en el ayer de los cien años, como en el hoy de nuestra historia, animó y sigue animando a las Terciarias del P. Luis. Es un **espíritu de servicio** hacia la población que vio nacer a su Fundador; hacia la población que un día las llamó angustiada para que socorriesen a los enfermos, que otro día las invitó a que acogiesen a sus huérfanos, y que aún hoy las continúa llamando para que colaboren en la educación de sus hijos. Es un **espíritu de servicio**, en fin, hacia la población que desde hace cien años las viene acogiendo cariñosamente; hacia la población que guarda para el futuro las sagradas reliquias del P. Amigó y Ferrer, del P. Luis de Masamagrell.

Este espíritu es lo que no ha cambiado. Es lo que permanece y ayuda a hacer historia uniendo íntimamente el **hoy** y el **ayer**.





Al Padre
Luis Amigó
y a todas las
Hermanas Terciarias
Capuchinas que, con sus vidas,
han ido haciendo realidad en Masamagrell
la parábola del Buen Samaritano durante cien años.

*Este libro se terminó de imprimir,
en los talleres gráficos de
Martín impresores, de Valencia,
el día de 29 de diciembre
de 1985, festividad
de la Sagrada Familia,
y consta su
edición de 5.000
ejemplares*



